

hemos visto mas arriba que se habia retirado el pretendiente en los Estados de la Iglesia, donde los Papas habian subvenido generosamente á sus necesidades. Casó allí con una princesa Sobieski, de la cual hubo dos hijos, Carlos Eduardo y Enrique-Benito. Este, titulado duque de York, abrazó despues el estado eclesiástico, y vistió la púrpura bajo el reinado de Benedicto XIV. Distinguióse el primogénito en 1745 por su animoso esfuerzo en sostener sus derechos. Considerando la guerra encendida entre la Inglaterra y la Francia, como una circunstancia favorable á su causa, se embarcó en Nantes, á 12 de junio, y llegó á Escocia, donde se halló bien pronto á la cabeza de un reducido ejército. Siempre tenian los Estuardos partidarios en este pais, antiguo dominio de sus mayores: corrieron los montañeses á alistarse á las banderas de sus reyes, y el príncipe Carlos se hizo reconocer regente de los tres reinos. El gobierno inglés pregonó su cabeza, prometiendo 30,000 libras al que le presentase. El joven príncipe se demostró mas generoso. Prohibió en un manifiesto atentar á los dias de Jorge II y á los de toda su familia, lenguaje que era necesario sostenerlo con alguna victoria. El 2 de octubre obtuvo efectivamente una; penetró en Inglaterra, y esparció el terror entre los partidarios del gobierno. Tomá-

entrar en pormenores políticos, ajenos de nuestro plan, que para presentar algunos hechos, adherentes á este acontecimiento que forman parte de estas *Memorias*.

ronse medidas contra los católicos. Sin embargo no parece que se le declarasen muchos en su favor, y aun cuando es de creer que sus votos estaban por un príncipe de su comunión, no se ve que hubiesen acrecentado sus banderas. Advierte el historiador Smolett que apenas se le juntaron doscientos Ingleses, y todavía no espresa si este reducido refuerzo se hallaba compuesto de católicos ó de jacobitas protestantes. Como sea, reaccionóse la animosidad nacional; el grito ordinario de *abajo el papismo* se dejó oír, y fueron presos muchos ministros. El clero protestante desplegó un celo vivísimo, y se aprovechó de este pretesto para renovar sus clamores contra la Iglesia romana. Rivalizando estaban en arranques entusiastas los anglicanos y no-conformistas, y la voz de los predicadores tronaba en el púlpito contra los católicos. Distinguiéronse en esta ocasion Herring, arzobispo de York, y el sabio Warburton, que fué despues obispo de Gloucester, con otros muchos que no nombramos. Tal vez mostraron los presbiterianos mas ardor todavía, habiendo ya establecido pocos años antes en Londres una cátedra de sermones para reprimir lo que ellos llamaban los *progresos del papismo*. No se hicieron en vano tamaños esfuerzos, puesto que el príncipe Carlos pudo apenas hacerse partidarios en Inglaterra, donde no consiguió sino algunas ventajas pasajeras, viéndose al fin acosado hasta la Escocia, y completamente derrotado en Culloden, á 27 de abril de 1746. Mucho

tiempo anduvo errando por los bosques y montañas, constantemente perseguido, pero protegido por la fidelidad de los montañeses, ninguno de los cuales se dejó tentar por el cebo de la recompensa prometida al que entregase la cabeza del príncipe. Después de haber arrostrado por espacio de cinco meses toda clase de peligros consiguió por fin embarcarse por Francia, donde abordó sin novedad. Tal fué la última tentativa de los Estuardos por recobrar el patrimonio de sus mayores. Las tristes consecuencias que tuvo esta expedición para la Escocia contribuyeron á extinguir en ella el partido jacobita. Grande fué la severidad que desplegó el gobierno inglés en este país, condenando á la pena capital hasta á muchos lores, y á gran número de oficiales que habían tomado las armas en favor del pretendiente. También fueron pasados por las armas muchos montañeses; el país quedó devastado, y se lo llenó de numerosas guarniciones. Señalóse la entrada de los vencedores con vejaciones, pesquisas y encarcelamientos. Los católicos en especial fueron el blanco de los más fuertes rigores. Derribáronse sus iglesias, quedó destruido el seminario que habían establecido en Scalan, y se persiguió con ahinco á los misioneros, los cuales se vieron precisados los unos á ocultarse, los otros á ponerse en fuga. Colin Campbell sucumbió á consecuencia de los malos tratos que había recibido. Los PP. Gordon y Cameron, jesuitas, concluyeron sus días en la cárcel. Otros ocho, después

de haber gemido por mucho tiempo en los calabozos fueron desterrados de Inglaterra para siempre. Mandábanse soldados en busca de los ministros, y les ofrecían recompensas para cada uno que presentasen. En medio de este terror general el señor Hugues Mac-Donald, obispo de Dia, y vicario apostólico en el país de las montañas<sup>1</sup> pasó á Francia. Habiánlo recomendado especialmente á la codicia de la soldadesca, y permaneció emigrado muchos años antes que pudiese volver á juntarse con su rebaño. Jaime Gordon, obispo de Nicópolis, y vicario apostólico del mediodía de Escocia, falleció en medio de estos contratiempos. Alejandro Smith, obispo de Misinople, su coadjutor y sucesor, estaba oculto en Edimburgo: mas de una vez se vió denunciado y perseguido. Persistiera este estado de cosas sin ningún pretexto, aun cuando ya debían haberse acallado todos los resentimientos. Las memorias que hemos consultado deploran los rigores que proseguían contra los católicos, y, en particular contra el clero. Prendióse en 1751 á los dos ministros Grant y Gordon, y desterraron al últi-

<sup>1</sup> En 1726 se había dividido la Escocia en dos vicariatos apostólicos. Hasta entonces no había habido más que uno, servido al principio por Nicholson, obispo de Peristachium. Diéronle por adjutor en 1706 á Jaime Gordon, consagrado en Roma en calidad de obispo de Nicópolis. Fué secretamente á Escocia, y sucedió en 1719 al señor Nicholson, fallecido en este año. Bajo su vicariato se dividió la Escocia en dos vicariatos, uno de los llanos, otro de las montañas. El obispo de Nicópolis poseyó el primero de estos distritos. Tenía por coadjutor á Juan Wallace, obispo de Cyrha, encarcelado en 1722 con otros católicos, el cual murió en 1734.

mo. También se desterró por una sentencia solemne á Roberto Maitland. Dábanse recompensas al que descubriese la residencia de un ministro. Habiendo regresado el obispo de Dia á su vicariato, se vió acosado desde luego, y en la precision de retirarse á Edimburgo, donde fué denunciado y metido en la carcel en 1755. Entregáronse ocho cientos escudos al que lo habia prendido. Tal era todavía el estado de los disturbios de esta mision en esta época. Vanamente se esforzaban los católicos de Escocia en buscar intercesiones para que se les dejase vivir tranquilos. Tanto los vicarios apostólicos como los embajadores de las potencias católicas, á quienes hacian obrar en su favor, los primeros en Inglaterra, y los segundos en Londres, no pudieron obtener que se les hiciese justicia sino muy lenta é imperfectamente. Y era tanto mas asombroso el rigor con que los trataban cuanto era muy diferente el sistema que se estaba siguiendo acerca de los católicos de la misma Inglaterra, pues estos iban obteniendo cada dia mas libertad, y acostumbábase el gobierno á tratarlos de mas á mas con una tolerancia muy notable. Hasta los de Irlanda no eran tan malquistos. Cuando se trató de un proyecto de desembarco que debian efectuar los Franceses en 1759, los católicos de Dublin firmaron á 1º de diciembre una esposicion al lor lugarteniente para asegurarle que se sentian dispuestos á rechazar la invasion. La revuelta de algunos aldeanos de Munster, por los años de 1763, no

puede conceptuarse como una revuelta de católicos, por cuanto garantizaron estos su fidelidad al lor Halifax, gobernador á la sazón. El obispo de Waterford dió al ministerio noticias sobre la conducta de los descontentos, y el obispo de Ossory exhortó su grey persuadiéndole el orden y la sumision. Semejante conducta debia disipar insensiblemente las sospechas de los protestantes, y reducir de dia en dia á menor número á los partidarios de los Estuardos. El príncipe Carlos, despues de su malograda espedicion de 1745 fué á unirse con su padre en Roma. Allí se estinguió esta familia en el destierro, con honor á lo menos á los ojos de la religion. Jacobo III, mas conocido con el nombre de pretendiente ó de caballero de San Jorge, murió el 1º de enero de 1766, de edad de 70 años. Es él que sobre cuyo nacimiento han esparcido algunos Ingleses furiosos, entre otros Burnet, cuentos conceptuados hoy dia como de todo punto absurdos. Su hijo, titulado príncipe de Galles, el mismo á quien acabamos de ver luchar con tanto valor contra su adversa fortuna, murió en Roma, á 13 de enero de 1788, sin hijos habidos en Luisa de Stolberg. El cardenal de York, su hermano, no murió hasta los años de 1807. Este era el último de los Estuardos.